

sabe que él solo se dejó llevar de la compasión.

— Tú lo has dicho, repuso el rey; la acusación de las cien familias se fundaba solo en la apariencia. En efecto, por pequeño y reducido que sea el reino de Tsi, ¿hubiera perdonado yo un buey por avaricia? No pude verle tan tímido y asustado como un inocente que se conduce al suplicio: por esto le cambié con una oveja.

— No te maravilles, oh príncipe, dijo Mencio, de que las cien familias te hayan creído avaro. Sustituíste a una víctima grande otra mas pequeña, y no pudieron conocer el motivo. Pero si tuviste compasión del buey que iba a ser inmolado sin culpa, ¿qué diferencia hallas entre él y una oveja?

— Dices bien, respondió el rey sonriendo: mi pensamiento no era perdonarle por lo que valía, y sin embargo le cambié por una oveja: tuvieron razón las cien familias para acusarme de avaricia.

— ¿Qué importa eso? dijo Mencio: la humanidad te sugirió aquel cambio: viste el buey y no viste la oveja. El sabio no puede ver morir a los animales que ha visto vivos, ni puede comer sus carnes, cuando ha sentido su agonía: por eso pone su cocina lejos de su habitación.

Satisfecho el rey con estas palabras, le replico: — En el *Libro de los versos* se lee: « ¿He adivinado yo lo que pensó otro? » Maestro, tú has hecho esto. Yo obré así, y cuando despues me pregunté a mí mismo la razón de haberlo hecho, no hallé ninguna; pero al oírte hablar, he sentido renacer la compasión en mi pecho. Mas ¿qué relación tiene este sentimiento con el arte de reinar?

— Oh príncipe, dijo Mencio, si uno dijese al rey: Yo tengo fuerzas suficientes para levantar un peso de tres mil libras, mas no puedo levantar una pluma: mi vista es tan aguda que puede discernir las puntas de los pelos que salen a los animales en el otoño, mas no distingo un carro cargado de leña, ¿le creerías?

— Ciertamente que no, respondió el rey.

— Y tus beneficios, añadió Mencio, que han podido extenderse hasta los animales, ¿no se extienden a las cien familias?

— ¿Cómo puede ser eso?

— Si dicho hombre no levanta una pluma, consiste en que no emplea sus fuerzas; si no ve un carro cargado de leña, es porque no hace uso de su vista; y si tú no amas las cien familias, es porque no usas de tu natural bondad: así que si el rey no reina sobre todo el imperio es por desidia y no por impotencia.

— ¿Qué diferencia hay entre desidia e impotencia?

— Si un hombre queriendo llevar bajo el brazo el Monte Taichan para pasar sobre él el Mar Boreal, se vuelve a los que están cerca de él y dice: *no puedo*, esto es porque hay impotencia en él. Pero si a este mismo se le manda hacer pedazos un ramo, y volviéndose dice: *no puedo*, entonces tendrá desidia y no impotencia. Así si el rey no reina para todos, no se

parece al que quiere llevar el monte bajo el brazo, sino al que recibió orden de hacer pedazos el ramo. Si mi respeto hacia mis padres y los mayores en edad produce igual respeto en los demás; si mi amor a los hijos y a los hermanos menores causa igual amor en los otros, habré hecho feliz al imperio con la misma facilidad con que muevo una cosa entre las manos. El *Libro de los versos* dice: « Yo obro bien con mi mujer y despues con mis hermanos mayores y menores para gobernar debidamente el reino, que es mi segunda familia. » Este pasaje significa que penetrado de tales sentimientos Ven-Wang, los usaba con las personas que indica. Así es como puede extender su afecto a todos los pueblos comprendidos entre los cuatro mares: el que practica el bien de ese modo; el que no obra así, tampoco puede amar a su mujer, ni a sus hijos. Los antiguos no eran superiores a los otros hombres, sino porque esparcían sus beneficios por toda la naturaleza. Tú que has extendido tus beneficios hasta los animales, ¿tendrás motivo para privar de ellos a las cien familias? El que pesa las cosas, sabe lo que es pesado y lo que es ligero, y el que las mide, sabe lo que es largo y lo que es corto. Esto es cierto por lo comun en todas las cosas; pero en cuanto al corazón, no es fácil practicarlo: mide, oh príncipe, yo te lo ruego, las fuerzas de tu corazón. Cuando alistas tropas y pones a tus soldados y generales en peligro, y atraes sobre ti todo el odio de los grandes vasallos, ¿está contento tu corazón?

— No, respondió el rey, ¿cómo puedo alegrarme de eso? Solo quiero por su medio conseguir el objeto de mis deseos.

— ¿Podría yo saber cuál es el objeto de los deseos del rey? preguntó Mencio.

El rey se sonrió y no respondió.

— ¿Acaso, continuó Mencio, no hay alimentos bastante delicados y gustosos para deleitar tu paladar? ¿No hay vestidos bastante ligeros ó pesados para cubrir tu cuerpo? ¿No hay colores bastante vivos para recrear tus ojos? ¿No bastan los sonidos de los instrumentos y las voces de los cantores para cautivar tus oídos? ¿Ó faltan en tu corte servidores para cumplir tus órdenes? Pero tus ministros pueden procurarte todos estos placeres, ¿por qué buscarlos con tanto afán?

— No consiste en nada de eso, repuso el rey, el objeto de mis deseos.

— Entonces yo sé bien, prosiguió Mencio, lo que desea el rey. Es engrandecer su Estado, someter al rey de Tsin y al de Tson, mandar el reino del Centro y sujetar a los Bárbaros de las cuatro partes del imperio. Mas obrar como él para satisfacer deseos semejantes a los suyos, es como subir a un árbol para buscar allí peces.

— Segun eso, la cosa es difícil, dijo el rey.

— Mas de lo que crees, replicó Mencio, porque el que sube a un árbol para buscar allí peces, no los encontrará; pero a lo ménos no

le sucederá ningún mal. Mas tú, por el contrario, si obras de ese modo para satisfacer tus deseos, agotarás en vano las fuerzas de tu alma, y no dejarás de resultarte alguna desgracia.

— ¿Y cuál será? ¿No puedo saberlo?

— Si los hombres de Tsen hiciesen la guerra a los de Tsu, ¿quiénes quedarían vencedores a tu parecer?

— Los de Tsu.

— Luego un reino pequeño no puede luchar con uno grande, ni un puñado de soldados con un ejército, ni la debilidad con la fuerza. Los países que el mar circunda son nueve, y cada uno tiene una circunferencia de cien leguas. Si el reino de Tsi, que es uno solo, quiere someter a los otros ocho, ¿en qué se diferenciará del reino de Tsen? Vuelve, pues, oh príncipe, al verdadero camino; empieza un nuevo reinado, practica la humanidad, y todos los letrados del imperio desearán residir en tu corte, todos los labradores querrán arar tus campos, todos los comerciantes llevar sus mercancías a tus mercados, todos los viajeros y extranjeros pasar por tu reino, y todos los pueblos del imperio que suspiran por su libertad y detestan a sus soberanos, recurrirán en tropel a ti.

— Si es así, ¿quién podrá detenerlos?

Un rey se queja a Mencio de que sus ministros no valen para nada, y le consulta sobre el modo de elegirlos para remediar el mal estado de su administración. El filósofo responde: — Eleve el rey a los empleos a los sabios como si no pudiera elegirlos: de este modo antepondrá a los nobles los del pueblo y a los parientes mas inmediatos los lejanos. ¿Puede excusarse de emplear todo su cuidado en esta elección? Si todos los que se sientan a tu diestra y a tu izquierda (*los ministros*) dicen tal hombre es un sabio, no los creas; si los gobernadores dicen es un sabio, no los creas; pero si todos los habitantes del reino dicen es sabio, entonces examínale, y si le encuentras sabio, empléale. Si todos los que se sientan a tu derecha y a tu izquierda dicen tal hombre es hábil, no los oigas; si todos los gobernadores dicen es hábil, no los oigas; pero si todos los habitantes del reino dicen es hábil, entonces examínale, y si le encuentras hábil, empléale. Si todos los que se sientan a tu diestra y a tu izquierda dicen tal hombre no es hábil, no los escuches; pero si todos los habitantes del reino dicen no es hábil, entonces examínale, y si no le encuentras hábil, deséchale. Si todos los que se sientan a tu diestra y a tu izquierda dicen conviene hacer morir a ese hombre, no les des oídos; si todos los gobernadores dicen conviene hacerle morir, no les des oídos; pero si todos los habitantes del reino dicen conviene hacerle morir, examínale, y si juzgas que conviene hacerle morir, hazlo: entonces se dirá, los habitantes del reino le han hecho morir. Obrando así, podrás ser mirado como el padre y la madre del pueblo.

Aquí se ve la teoría del voto universal.

Resuelta esta cuestión, Mencio pasa a otra mucho mas grave, que es la del regicidio. El citado Chuan-Vang preguntó a Mencio lo siguiente: — He oído contar que Tang desterró al emperador Kie, y que Vu-Wang acometió al emperador Cheu (1). ¿Son ciertos estos sucesos?

— La historia los asegura, respondió Mencio.

— Pero, prosiguió el rey, ¿puede un súbdito matar al príncipe?

— El que ultraja a la humanidad, repuso el filósofo, se llama asesino, y el que ultraja a la justicia malvado; pero el asesino y el malvado son la hez de la especie humana. He oído contar que Vu-Wang mató a un hombre llamado Cheu; pero no que matase al príncipe.

Nos parece que tiene gracia y sencillez la siguiente parábola de Mencio sobre los que llegan al poder por medios ilícitos. — Un hombre del reino de Tsi tenía una mujer y una concubina, y ambas vivían bajo el mismo techo. Salía a veces de casa y volvía harto de comida y bebida. Cuando le preguntaban quién le había hartado de aquel modo, respondía: Han sido unos hombres ricos y nobles. — Un día la mujer volviéndose a la concubina, le dijo: Mi marido sale y vuelve a casa harto de comida y bebida, y cuando le pregunto quién le ha hartado así, me responde: Han sido unos hombres ricos y nobles; mas ninguno de estos viene a verme: quiero averiguar secretamente adónde va. — Se levantó una mañana muy temprano, y sin ser vista siguió a su marido por todos los sitios que recorrió. Ninguno se llegó a hablarle, y por último se metió en el arrabal de Oriente: aquí, en medio de los sepulcros había un hombre que ofrecía un sacrificio: acercóse a él, se comió las sobras y no viéndose harto, se fué a repetir lo mismo en otra parte. Hé aquí el modo con que se hartaba. La mujer habiendo vuelto a casa, dijo a la concubina: Teníamos puesta en él la esperanza de toda la vida y mira lo que hace: — y las dos empezaron a llorar en medio de la habitación. El marido no sabiendo nada de esto, entró en casa alegre, alabándose como acostumbraba. Reflexione el sabio esta historia y vea con qué medios buscan los hombres las riquezas, los honores, la ganancia y la elevación: pocos son aquellos cuyas mujeres y concubinas no tienen que avergonzarse y llorar del mismo modo.

§ 3. AFORISMOS MORALES SACADOS DEL MING-SIU-PAO-KIEN, ESTO ES, ESPEJO PRECIOSO PARA ILUMINAR EL ESPÍRITU.

1. El sabio sabe acomodarse a las circunstancias, como el agua a la forma del vaso que la contiene.

(1) Kie, último emperador de la dinastía de los Hia, y Cheu, último de la de los Chang, fueron destronados, el primero por Ching-Tang en 1766 y el segundo por Vu-Wang en 1122 antes de C.

2. Las desgracias vienen por donde entran las enfermedades, esto es, por la boca.
3. El error de un instante suele ocasionar el tormento de toda la vida.
4. Las enfermedades se curan; pero el destino no se cambia.
5. Un alma sin ideas se halla dispuesta á recibir cualquiera pensamiento, como una montaña hueca repite todos los sonidos.
6. Cuando ha sido derribado un árbol, desaparece la sombra que producía (imágen de los parásitos que abandonan á los grandes luego que caen del poder.)
7. El que esté cazando ciervos, no se detenga en coger liebres.
8. Temes dejar señaladas tus huellas, y caminas sin embargo por la nieve.
9. Si dejas las raíces, la yerba crecerá de nuevo (razon para exterminar la familia de los traidores.)
10. La fijeidad en lo alto ocasiona el olvido en lo bajo (en la autoridad).
11. El diamante adquiere su brillo á fuerza de frotarle: el hombre llega á ser perfecto despues de probado con la adversidad.
12. Cosa que se dice al oído, se sabe á menudo á distancia de cien millas.
13. Del diente del topo no se saca el marfil (se dice por desprecio.)
14. El hombre sabio olvida los odios antiguos.
15. Mejor es tener riquezas despues de haber sido pobre que tener pobreza despues de haber sido rico.
16. Un pájaro puede descansar en una sola rama, y un topo estando cerca del río, puede beber todo lo que necesita para apagar su sed (lo que basta para el alimento vale tanto como un banquete.)
17. Agotado el estanque, se ven los peces (ajustadas las cuentas aparece la ganancia).
18. Á una sola vaca no se pueden quitar dos pieles (tambien la extorsion tiene sus límites.)
19. El que come pronto come poco (hablando del estudio).
20. No hagas lo que no puedas decir.
21. El tormento de la envidia es como el que produce un grano de arena en el ojo.
22. El que quiera en el mundo subir á grande altura, debe revestir su ambicion con el traje de la humildad.
23. Del exceso de los placeres nace el dolor.
24. Al hombre que deja perder las ocasiones, ni aun los dioses le pueden ayudar (1).
25. Abre el pozo antes de tener sed (está preparado para todo).
26. Palabras dulces son veneno; palabras amargas son medicina (adular y reprender).
27. Estómago harto no puede imaginar el tormento del hambre.
28. Algunos comen lo que roban sin lim-

(1) Para ser hombre grande es menester saber aprovecharse de la fortuna. LA ROCHEFOUCAULD.

piarse despues la boca (imitan á los bribones sin tener su astucia).

29. El olvido conduce á la maldad.
30. Los huevos están muy bien tapados; pero á la larga salen los pollitos (el delito siempre se descubre).
31. Si fuese posible, convendría andar en un pié (imágen de un carácter circunspecto).
32. Si Yen-Wang (el rey del infierno) condena á un hombre á morir dentro de tres dias, ningun poder le conservará la vida hasta el cuarto.
33. Mejor es ser perro y vivir en paz que hombre y vivir en medio de la anarquía.
34. Las letras y la agricultura son las primeras profesiones.
35. Eso es poner piés á una serpiente (superfluidad de pruebas en un discurso cuando está agotado el argumento).
36. Una buena pluma suple la memoria y el pensamiento.
37. El que aspira á lo mejor, se verá alguna vez sobre la medianía; el que solamente á esta, quedará mas abajo.
38. Eso es echar agua sobre un ánade (consejo inútil).
39. Eso es ganar un gato y perder un buey (consecuencias de los pleitos).
40. Parar el movimiento de la mano es parar el de la boca (el que no trabaja no come).
41. Ningun remedio: hé aquí la medicina mas segura (compárase el medicinar con el matar).
42. Nada puede volver su verdor á una flor seca, ni á la vejez.
43. No pongas mi plato de porcelana en roce con el suyo de tierra (expresion despreciativa).
44. El que trabaja con fatiga comerá con placer.
45. Ni acreedores fuera de casa, ni médicos dentro (no tener enfermedades, ni deudas).
46. La templanza es una joya doméstica.
47. Un jarro que una vez tuvo aceite no puede servir mas que para aceite (cada uno debe continuar en la profesion para que ha sido educado: *quo semel est imbuta*, etc.).
48. La cortesía obliga mas que un préstamo.
49. Dinero prestado acorta el tiempo: trabajar para otro le alarga.
50. La amistad de los mandarines empobrece: la de los comerciantes enriquece.
51. Todo lo que bebe el pez, le sale por las agallas (gastar en seguida lo que se gana, ó como decimos comunmente, tener las manos agujereadas).
52. Si las familias no tienen hijos que se dediquen á las letras, ¿de dónde se sacarán los que han de gobernar los pueblos? (necesidad de la educacion).
53. El que no sabe alguna vez hacer que no ve ó no siente, no es á propósito para gobernar.
54. El derecho debe preferirse al parentesco (al conceder proteccion).

55. La mujer no está obligada á dar cuenta de ningun delito: toda la responsabilidad debe caer sobre el marido.
56. Aun las abejas tienen su reina y sus ministros, y las hormigas sus relaciones sociales.
57. Los padres muestran mejor que aman á sus hijos, enseñándoles alguna profesion y la abnegacion de sí mismo.
58. Cada vez que se abre un libro, se aprende alguna cosa.
59. El ingenio se desarrolla ejercitándolo.
60. Si las leyes no tienen fuerza sobre la familia imperial, no serán respetadas.
61. La recompensa anticipada vuelve el alma desidiosa.
62. Para gobernar, el ejemplo es lo principal y despues un rigor imparcial.
63. La suerte de las grandes riquezas: una mediana fortuna es el fruto de la industria.
64. Los inferiores llevan al exceso lo que hacen los superiores.
65. El hombre turbulento provoca los tumultos; pero apenas han empezado, no sabe hacer nada. El hombre astuto, por el contrario, hace que sean de poca importancia los tumultos graves y de ninguna los pequeños.
66. Los pájaros grandes no se alimentan de granos pequeños (los mandarines no se contentan con dones de poco valor).
67. Un hombre verdaderamente de genio conserva siempre la sencillez de un niño.
68. Obtener *uno* conduce á desear *dos*.
69. El que asiste á un juego es mejor juez que los que juegan.
70. Ser respetado es la cosa mas apetecible, y ser amado, la mejor despues de esta: es cosa fea el ser odiado, y peor el ser despreciado.
71. Gallo gordo, pollos gordos (el amo rico tiene criados bien mantenidos).
72. El pobre no puede competir con el rico, con el poderoso.
73. El que lleva botas no conoce al que lleva zapatos (las botas son entre los chinos el distintivo de los empleados).
74. La prosperidad es un bien para el hombre sabio, y una maldicion para el necio.
75. Los hombres no quemán incienso cuando son felices; pero se abrazan á los piés de Fó cuando los oprimen las desgracias.
76. Las palabras del hombre van derechas á su objeto como una flecha á su blanco: las de la mujer se asemejan á un abanico hecho pedazos.
77. Las faltas domésticas no se deben publicar fuera de casa.
78. Una buena accion no pasa el umbral de la puerta; mas el rumor de una mala se propaga cien leguas al rededor (1).
79. La esposa debe ser virtuosa: la concubina bella.
80. El marido necio teme á su mujer: la mujer prudente obedece á su marido.

(1) *Nihil tam volucrum quam maledictum.*

81. Si la viga superior está torcida, la de abajo no estará derecha (fuerza del ejemplo en los superiores).
82. La complacencia proporciona amigos: la sinceridad los ahuyenta.
83. Al buen caballo basta un golpe, al hombre sabio una palabra.
84. El que no sube muy alto, sufrirá ménos si cae.
85. El verdor de los campos dura tan solo una estacion; el hombre una generacion.
86. No es del vino la culpa, sino del que se embriagó.
87. El hombre que combate consigo mismo será mas feliz que el que combate contra los demas.
88. Mala señal es que un anciano duerma y que un jóven esté desvelado (axioma médico).
89. El pez nada en el fondo del agua y el águila vuela por lo alto del cielo. Por alta que se halle esta, puede ser alcanzada por una flecha, y por bajo que esté aquel, puede ser herido por un arpon; pero el corazon del hombre no puede conocerse ni á la distancia de un pié (1).
90. Son igualmente culpados el que manda y el que obedece, cuando violan las leyes.
91. Cada uno quita la nieve que hay delante de su puerta y no se cuida del hielo que cubre el tejado del vecino.
92. No lleses zapatos cuando vayas á un melonar; ni te pongas el sombrero debajo de un ciruelo (sé prudente en todo tiempo que requiera circunspeccion).
93. El hombre debe corregirse con la misma severidad con que reprende á los demas, y excusar las faltas de los otros con la misma indulgencia que usa consigo.
94. Aunque la vida del hombre está limitada á cien años, él hace tanto caso de ella como si hubiera de durar mil.
95. La naturaleza hace á todos los hombres iguales, mas la educacion los vuelve muy diferentes.

§ 4. EL SIAO-HIO, Ó ESCUELA DE LOS NIÑOS.

Este es el sexto libro clásico de los Chinos; está compuesto por el doctor Chu-hi, que vivía hácia el año de 1150 de la era vulgar, y es una compilacion de máximas y ejemplos sacados de los filósofos antiguos y modernos, aunque con poco orden. Nosotros, siguiendo á Dubalde, expondrémos un compendio de él muy á propósito para dar una idea de las costumbres y modo de pensar de los Chinos.

Se divide en dos partes: una que llama intrínseca ó esencial, y otra extrínseca ó accidental.

(1) *Cælum sursum, et terra deorsum; et cor regum inscrutabile.* Prov., XXV.

PARTE PRIMERA.

CAPÍTULO I. — *De la educación de la juventud.*

El libro de las costumbres prescribe las reglas siguientes para educar bien los hijos.

Una madre debe elegir para nodriza ó aya de su hijo á una mujer modesta, de genio pacífico, virtuosa, afable, respetuosa, exacta, prudente y discreta en el hablar. Apénas el pequeñuelo sabe llevar las manos á la boca, se le debe destetar y enseñar á hacer uso de la mano derecha. Á los seis años se le enseñan los números mas fáciles y los nombres de los principales países del mundo; á los siete conviene separarle de sus hermanas y no permitirle que se sienta á su lado ó coma con ellas; á los ocho se le enseña las reglas de urbanidad que debe observar al entrar en casa y al salir de ella y cuando se halla en compañía de personas de mas edad; á los nueve se le enseñará el calendario; á los diez se le envía á la escuela pública y no se le pondrán vestidos forrados de algodón, porque serian muy cálidos para su edad. El maestro le dará á conocer los libros y le enseñará á escribir y á sacar cuentas. Á los trece años se dedicará á la música, á fin de que cantando los versos, se le impriman mejor en la memoria las máximas sábias que contienen; á los quince aprenderá á disparar el arco y á montar á caballo; á los veinte se le pone el primer birrete con las ceremonias de costumbre y podrá ya llevar vestidos de seda y con pieles, y se aplicará enteramente al estudio hasta los treinta, en que se casará; entónces se dedicará al gobierno de la casa y continuará perfeccionándose en las letras. De cuarenta años podrá ser elevado á los cargos públicos y á las dignidades; pero no se le hará ministro hasta los cincuenta. En llegando á los setenta que renuncie á todo empleo.

En cuanto á las niñas, en llegando á diez años no se las dejará salir de casa: importa habitarlas á ser afables, á hablar con dulzura, hilar, torcer y devanar seda, coser, tejer telas de seda, hacer cordones, y en suma, á todas las labores propias del sexo. Á los veinte años deben casarse.

El primer presidente del tribunal supremo de las costumbres nombrará en cada distrito magistrados que ideen el modo de enseñar al pueblo principalmente tres cosas, que son: 1ª las seis virtudes, esto es, la prudencia, la piedad, la sabiduría, la equidad, la fidelidad y la concordia; 2ª las seis acciones laudables, que son: obediencia á los padres, amor á los hermanos, paz con el prójimo, afecto á los vecinos, sinceridad con los amigos y compasion con los pobres y desgraciados; 3ª las seis clases de conocimientos necesarios, que consisten en aprender las costumbres, la música, á dis-

parar el arco, á montar á caballo á escribir y á sacar cuentas.

La doctrina del maestro, dice otro libro, es la norma del discípulo. Cuando veo á un jóven que se atiende exactamente á ella y que procura ponerla en práctica; que por la mañana escucha las lecciones del maestro y por la tarde las repite; que estudia é imita la conducta de los sabios; que sin mostrar orgullo, tiene gravedad y compostura; que sabe guardar sus ojos, no dirigiéndolos nunca á objetos que no sean honestos; que entre los de su edad elige por compañeros á los mas sabios y virtuosos y que solo habla á tiempo y con respeto; entónces pienso que sin duda hará grandes progresos en la sabiduría y en la virtud.

CAPÍTULO II. — *De los cinco deberes.**Deberes de los hijos.*

El libro de las costumbres trata de todo cuanto debe hacer un hijo para mostrar sumision y amor á su padre y á su madre.

El hijo debe levantarse temprano, lavarse la cara y las manos, limpiar muy bien los vestidos que ha de ponerse para presentarse delante del padre con la decencia conveniente: despues de haber entrado con suma modestia en el cuarto de este, le preguntará cómo está, le echará agua para lavarse, le dará la tohalla para secarse, y en una palabra, le prestará todas aqueños servicios que demuestren su atencion y afecto hácia él.

Cuando un hijo que ha ascendido por sus méritos á alguna gran dignidad va á visitar al jefe de su familia, que es de una condicion algo humilde, no debe entrar en casa de este con el fausto y magnificencia correspondientes á su clase, sino dejar los caballos y criados á la puerta, mostrándose así modesto, y no aparentando quererle insultar con la ostentacion de sus honores y opulencia. Tseng, discípulo de Confucio, dice: — « Si tu padre y tu madre te aman, alégrate y no los olvides; si te odian, teme y no provoques su enojo, y si cometen alguna falta, adviértelos, pero no les opongas resistencia. » En el libro de las costumbres se lee: — « Si tu padre ó tu madre cometen alguna falta, emplea las palabras mas dulces y mas respetuosas para advertírsela; si no escuchan tus consejos, no dejes de respetarlos como ántes, y en cualquier momento favorable trata de advertírsela nuevamente, porque es mejor parecer importuno que verlos deshonrados. Si el nuevo consejo los irrita en términos que te den algun golpe, no te enojos, y continúa pres-tándoles obediencia y respeto. »

Aunque un hijo se vea reducido al estado mas miserable, no debe vender los vasos de que se ha servido en los funerales de su padre, ni aun cuando se sienta morir de frio, debe deshacerse de los vestidos que tenia puestos en aquella

ceremonia, ni cortar los árboles plantados sobre la tumba de su padre.

Deberes del ministro.

El rey debe dar sus órdenes al ministro con dulzura y bondad, y el ministro ejecutarlas con prontitud y fidelidad. Los discípulos de Confucio cuentan que cuando él entraba en palacio, se inclinaba hasta el suelo y no se detenía nunca en el umbral de la puerta: cuando pasaba por delante del trono del rey, mostraba en sus maneras y semblante el respeto y la veneracion de que se hallaba poseído; caminaba á pasos tan lentos que apénas alzaba las piés del suelo: cuando iba á la audiencia del príncipe, apénas entraba en la sala interior, levantaba con modestia el vestido, hacia una profunda reverencia y detenía tanto el aliento que parecia no respiraba; despues que se separaba del príncipe, aceleraba el paso para quitarse cuanto ántes de su presencia: en seguida volvia á tomar su acostumbrada gravedad, é iba á sentarse modestamente entre los grandes.

Si el príncipe regala al ministro un caballo, debe montarle al instante, y si le regala un vestido, póngasele inmediatamente y vaya á palacio á dar las gracias por el honor recibido.

Un primer ministro engaña al príncipe, si lisonjea sus vicios, y si es tan débil que no le advierte el daño que hace con ellos á su propia reputacion. El que solo aspira á los primeros cargos de la corte por la utilidad que puede reportar de ellos, no ofrece ninguna ventaja al príncipe; este hombre se halla en una continua agitacion hasta que llega á ellos, y despues de haber obtenido la dignidad que con tanto ardor deseaba, teme á cada momento perderla. Un hombre semejante es capaz de cualquier delito para no dejar su puesto.

Así como una mujer casta no se entrega á dos hombres, del mismo modo un ministro fiel no debe servir á dos reyes.

Deberes del marido y la mujer.

El libro de las costumbres dice: Conviene buscar esposa en una familia que no lleve el mismo nombre del marido. En los presentes que el esposo hace, debe proceder con sinceridad y poner atencion en que las promesas recíprocas se expresen en términos honestos, á fin de que la futura esposa sea advertida de la sinceridad con que deberá obedecer al marido y del pudor que deberá presidir á sus acciones. Unida una vez á un esposo, esta union no debe terminar sino con la muerte, ni debe casarse con otro. El esposo irá á tomar la esposa á la casa de los padres de esta, la conducirá á la suya propia y la presentará un pájaro doméstico, tanto para mostrarla su amor cuanto para enseñarla que debe dejarse dirigir con docilidad.

En la casa habrá dos habitaciones, la una exterior para el marido, y la otra interior para la mujer; ambas estarán separadas por una pared ó tabique, y la puerta estará bien guardada. El marido no debe entrar en la habitacion interior, ni la mujer salir de ella sin un motivo poderoso. Una mujer no es dueño de sí misma, no puede disponer de nada, y no puede mandar sino dentro de su propia habitacion, fuera de la cual no tiene ninguna autoridad.

Á cinco clases de doncellas no se debe pensar en dar marido: 1ª á aquellas que pertenecen á una familia en la que se han olvidado los deberes del amor filial; 2ª á las de toda familia desarrreglada y de costumbres sospechosas; 3ª á las que pertenecen á una familia que tiene alguna mancha ó nota de infamia; 4ª á las que son de familias que padecen enfermedades hereditarias y contagiosas; 5ª á las que siendo las mayores de la familia han perdido á su padre.

Siete clases de mujeres pueden ser repudiadas por sus maridos: 1ª las que faltan á la obediencia debida á sus padres; 2ª las estériles; 3ª las infieles á sus maridos; 4ª las celosas; 5ª las que están enfermas de algun mal contagioso; 6ª las que tienen tan suelta la lengua que aturden con su charlar continuo; 7ª las que tienen el vicio de robar y que serian capaces de dejar en la calle á su marido. Sin embargo, en algunos casos no es permitido al marido repudiar á su mujer, por ejemplo: cuando esta al casarse tenia parientes, y habiéndolos perdido despues no tiene adonde acogerse, ó cuando llevó luto por tres años en union de su marido por el padre y la madre de este.

Deberes de los jóvenes para con los ancianos.

El libro de las costumbres ordena lo que sigue: Cuando vayáis á visitar á algun amigo de vuestro padre, no entréis en su casa, ni salgáis de ella sin pedirle permiso, y no habléis sin que os pregunten.

Cuando encontréis á alguno que tenga veinte años mas que vosotros, respetadle como si fuera vuestro padre, y si tiene solo diez años mas, respetadle como á vuestro hermano mayor.

Cuando un discípulo va por la calle con su maestro, no se pare á hablar con ninguno que encuentre; ni camine á su lado, sino un poco detras. Si el maestro se apoya sobre sus hombros para decirle alguna cosa al oido, tape con una mano su boca para no molestarle con el aliento. Si estando con el maestro, os hace alguna pregunta, no prevenzáis con una respuesta anticipada lo que va á decir; ni le respondáis ántes de que haya acabado de hablar; si os pregunta sobre los progresos que habéis hecho en el estudio, levantaos inmediatamente y estad en pié todo el tiempo que empleéis en responderle.

Cuando estéis en la mesa con vuestro maes-